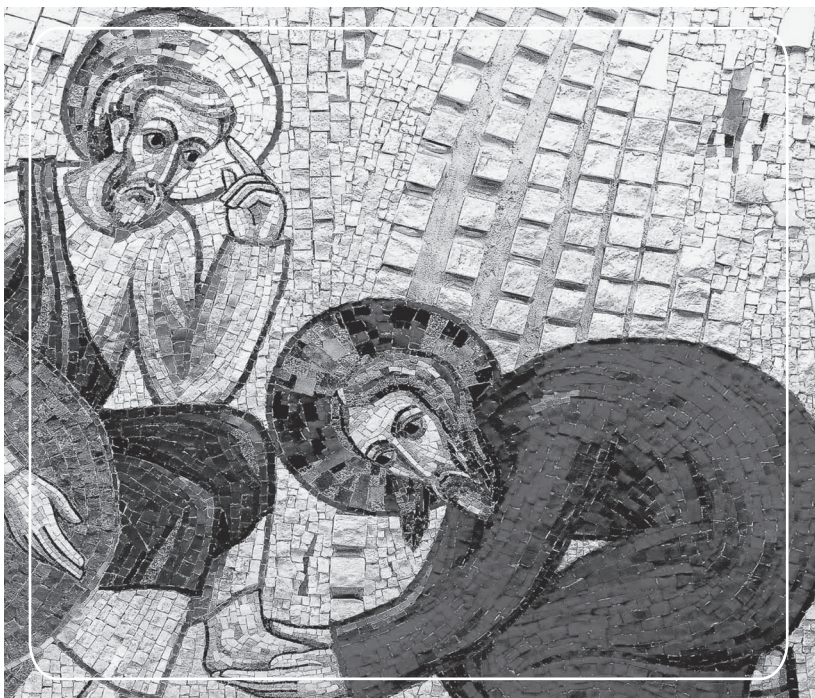


Señor, ¿qué mandáis hacer de mí?

Día del Seminario 2015



Subsidio litúrgico



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-3480-2015

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Si se celebra el día de San José (19 de marzo)

Después del saludo del presidente, puede hacerse la monición de entrada. Procuremos no utilizar el ambón para las moniciones, utilícese un atril auxiliar.

En medio de este tiempo cuaresmal, en el que nos encontramos, celebramos hoy la solemnidad de San José, patrono de la Iglesia universal. Al mirar a san José, vemos su disposición generosa a la hora de cumplir la voluntad de Dios y dejar que la Palabra conformara su vida. Todo ello tiene que ser un ejemplo para todos nosotros, que intentamos seguir la voluntad del Señor, a pesar de los obstáculos que encontramos en el camino. En san José encontramos un hombre contemplativo, un buen esposo, un buen padre, siempre en disponibilidad y servicio a la hora de la salvación querida por Dios.

Santa Teresa de Jesús, cuyo V centenario de su nacimiento estamos celebrando, era una gran admiradora y devota de san José. A él se encomendaba, y toda su obra fundacional del Carmelo Descalzo lo puso bajo su custodia. Por ello todos los Carmelos llevan de nombre o están bajo la titularidad de san José. Estaba convencida, que por intercesión de san José supero su enfermedad. Pero será en su vida espiritual quien la ayude a esa «determinada determinación» para hacer de su vida una entrega total a Dios y poder exclamar: «Vuestra soy, para vos nació; ¿qué mandáis hacer de mí?».

Abramos las puertas de nuestro corazón a la gracia que Dios nos otorga, para poder cumplir con fidelidad su voluntad, y cooperar con nuestro servicio humilde a difundir el Evangelio de la alegría, es decir, el Evangelio de Jesús.

Oremos en este día por nuestros seminarios, oremos por nuestros seminaristas y por sus formadores y todos aquellos que promueven la pastoral vocacional. Seamos ejemplo y ayuda para que nuestros jóvenes puedan entregarse con generosidad a anunciar la alegría del Evangelio como sacerdotes.

Acto penitencial

Presidente: Antes de comenzar los sagrados misterios de nuestra fe, hagamos unos momentos de silencio. Abramos las puertas de nuestro corazón, poniéndonos ante el amor de Dios, y pidamos perdón por nuestros pecados:

- Tú, que eres el Hijo de David prometido: Señor, ten piedad.
- Tú, que eres nuestra esperanza: Cristo, ten piedad.
- Tú, que te sometiste obediente a María y a José: Señor, ten piedad.

Presidente: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

Notas para la homilía

Dios bendice al pueblo elegido de dos formas: con la tierra y la descendencia. Ambas promesas se van cumpliendo más allá de lo que el entendimiento del pueblo de Israel puede alcanzar. En la primera lectura vemos la promesa de Dios al rey David, que la

grandeza de su reino se vería continuada a través de una dinastía bendecida por Dios: «yo seré para él un padre», dice Dios. Dios es fiel a las promesas prometidas, lo hace de una manera generosa, «a lo grande». Dios es un padre, el padre de Jesús, y María es su madre. Entonces, ¿san José? Su papel es bien humilde: hacer de padre sin serlo. Quizá solo él y María sabían que no era él el padre, pero era necesario que alguien hiciese tal papel, precisamente para salvar la oficialidad de la descendencia judía, que dependía del varón. Sacamos dos conclusiones: para Dios nada hay imposible, y qué papel tan comprometido y a la vez tan humilde el de san José.

En el Nuevo Testamento la descendencia y la herencia se entiende de un modo más amplio que en el Antiguo Testamento. La descendencia no se reduce a la tribu, a la familia, a la raza... Los que reciben la herencia de la fe son parte también de la descendencia, con lo que la familia se agranda enormemente. Pablo nos ha recordado, en la segunda lectura, que Abrahán es padre de muchos, en virtud de la fe, en virtud de creer. Vemos de nuevo como la descendencia de Dios es distinta a la que entendemos por la carne y sangre. Creer en Dios es algo a lo que todos tenemos acceso, por la que hemos podido entrar a formar parte de la descendencia prometida por Dios, con la que se agranda la familia de la fe, la familia de la Iglesia.

Todo ello es lo que nos va a recordar el Evangelio, lo que se le pide a san José para hacer lo que Dios le encarga es, ante todo, un esfuerzo de fe, de confianza. Lo que se le pide es que se fie. José es una persona de fe abierta a Dios obediente a la misión que se le encomienda, «servidor fiel y prudente que pusiste al frente de tu Familia» (prefacio).

Es lo que «engolosina» a Teresa de Jesús de la figura de san José, su fe inquebrantable, y todo ello vivido en la sencillez de cada día. Sin grandes pretensiones ni acontecimientos, sino viviendo en esa fidelidad y entrega, haciendo de su vida una ofrenda agradable.

Nos anima, por tanto, a cumplir la misión que Dios nos encomienda a cada uno. Para él fue la de ser custodio de Jesús y esposo de María: «Se entregó por entero a servir a tu Hijo, nacido de la Virgen María» (ofrendas). Cada uno tiene su misión de parte de Dios: en la familia, en la sociedad, en la parroquia, en la comunidad religiosa. José nos enseña a cumplirla fielmente.

Seguro que él tuvo también dificultades y momentos malos en su vida. Como Abrahán, como María, como Cristo, como nosotros. José supo de emigración y persecuciones, de pobreza y oscuridad. Antes del gozo de la vida de Nazaret experimentó lo que es la “Cuaresma del dolor”. Su ejemplo nos puede dar ánimos a todos. Sin discursos ni gestos solemnes, desde la humildad de su trabajo y de su vida diaria, san José supo cumplir con elegancia espiritual lo que Dios quería de él.

La figura de José tiene también una dimensión eclesial. Hoy celebramos en nuestras diócesis el «Día del Seminario». Si de José decimos «le confiaste los primeros misterios de la salvación» (colecta), porque Dios le encomendó la custodia de Jesús y María, se añade enseguida que Dios ha confiado a la comunidad eclesial el conservar y llevar a plenitud esos misterios en su misión salvadora. José intervino en los inicios. Ahora la Iglesia colabora en hacer madurar esa salvación.

Además, la misión especial de san José consistió en una paternidad distinta, pero verdadera. No todo ni lo más importante es lo biológico. También el sacerdote —y la Iglesia entera— está llamado a una paternidad especial, abierta a la acción del Espíritu, una paternidad universal, hecha de entrega y de mediación salvadora de bienes que no son propios, sino que vienen de Dios: el amor, el perdón, la Palabra. Una paternidad como la de Pablo: «Yo os he engendrado por el evangelio en Cristo Jesús». Y así, como José, la comunidad cristiana, y de modo particular el sacerdote, colabora en la venida de Cristo a este mundo.

Oración de los fieles

Presidente: Con la misma fe de san José, y por su intercesión, presentemos a Dios nuestras peticiones:

- ✓ Por la santa Iglesia de Dios: para que acepte con gozo la palabra divina, la guarde siempre incontaminada de todo error y la predique por el mundo con santa audacia. Roguemos al Señor.
- ✓ Por los seminaristas que se preparan al ministerio sacerdotal: para que descubran pronto, como Jesús, que están llamados a ocuparse solamente de las cosas de Dios Padre. Roguemos al Señor.
- ✓ Por los jóvenes de nuestras comunidades y movimientos: que estén siempre abiertos a Dios, para responder con generosidad si él les llama a dedicar su vida entera al servicio del Evangelio y de la Iglesia. Roguemos al Señor.
- ✓ Por la paz de las naciones y por sus gobernantes: para que todos los hombres del mundo podamos sentirnos libres y respetados. Roguemos al Señor.
- ✓ Por los padres de familia: para que, con el apoyo de Dios, sean ejemplo de fe y santidad para sus hijos. Roguemos al Señor.
- ✓ Por todos nosotros, por nuestros familiares y por nuestros amigos. Que el Señor nos acompañe siempre. Roguemos al Señor.

Presidente: Escucha, Padre, nuestra oración, y derrama tu amor sobre todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Monición a la colecta y a la presentación de los dones

Junto a los dones del pan y del vino para la celebración de la eucaristía, os invitamos a todos los que formamos esta asamblea eucarística, a ofrecer nuestra ayuda para las necesidades de nuestro seminario. En él se forman los futuros sacerdotes que nos acompañarán en los momentos importantes de nuestra vida cristiana. ¡Sed generosos! ¡Muchas gracias!

Bendición solemne

Presidente: Dios Padre, que nos ha congregado para celebrar hoy la solemnidad de San José, patrono de los seminarios, os bendiga, os proteja y os confirme en su paz.

R/. Amén.

Presidente: Cristo, el Señor, que ha manifestado en san José la fuerza renovadora del misterio pascual, os haga auténticos testigos de su Evangelio.

R/. Amén.

Presidente: El Espíritu Santo, que en san José nos ha ofrecido un ejemplo de caridad evangélica, os conceda la gracia de acrecentar en la Iglesia la verdadera comunión de fe y amor.

R/. Amén

Presidente: Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo + y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R/. Amén.

Monición de entrada

Si se celebra el día 22 de marzo

Después del saludo del presidente, puede hacerse la monición de entrada. Procuremos no utilizar el ambón para las moniciones, utilícese un atril auxiliar.

Estamos llegando al final de nuestro camino cuaresmal y la liturgia de estos días nos va preparando para celebrar el misterio paschal de Cristo. Se ve con claridad que Cristo Jesús vino a darnos vida pasando por la muerte: *«el grano de trigo tiene que caer en tierra y morir para dar fruto»*. Así Cristo, tiene que atravesar el poder de la muerte, y una muerte de cruz, para la salvación de todos los hombres. La invitación de este domingo, es una llamada a la conversión y a la misericordia. Y para ello necesitamos escuchar y meditar la Palabra de Dios, para poder cambiar la vida.

Es un tiempo de preparación a la Pascua, un tiempo de conversión interior, de morir a todo lo caduco, al pecado, para vivir en una vida nueva.

Que la celebración de esta eucaristía, en la que se actualiza el memorial de su pasión, suponga un aliento e nuestro vida cristiana y nos otorgue la fuerza para seguir el camino de la cruz.

Además en este domingo celebramos también el Día del Seminario. Hace unos días celebrábamos la solemnidad de san José, patrono de los Seminarios. Hombre justo y bueno, que dejó que la Palabra de Dios diera fruto en su vida y poder acoger los planes que Dios tenía reservados para él.

Santa Teresa de Jesús, cuyo V centenario de su nacimiento estamos celebrando, era una gran admiradora y devota de san José.

A él se encomendaba, y toda su obra fundacional del Carmelo Descalzo, lo puso bajo su custodia.

Oremos para que el Señor por intercesión de san José suscite vocaciones al ministerio sacerdotal. Oremos por nuestro seminario diocesano y por los seminaristas.

Notas para la homilía (V Domingo de Cuaresma)

Hemos escuchado en la primera lectura cómo el profeta Jeremías, después de haber sufrido por la ruina de su pueblo, Israel, con el destierro a Babilonia, ahora de parte de Dios, anuncia, por primera vez en todo el Antiguo Testamento, una Nueva Alianza. «Mirad que llegan días en que haré con la casa de Israel y la cada de Judá una alianza Nueva». Dios sigue fiel a su promesa y a su Alianza: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo». A pesar de la dureza del corazón de su pueblo, Dios no le abandona. Por sus profetas le va conduciendo, le va exhortando a la conversión.

La Alianza que anuncia Jeremías será más perfecta, más interior. No quedará grabada, como la de Moisés, en unas tablas de piedra: «Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones». «Todos me conocerán, cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados». Hemos cantado en el salmo: «Oh, Dios, crea en mi un corazón nuevo». La Alianza como el amor y la amistad, no se quedan en gestos exteriores, sino que piden una actitud interior.

Lo que el profeta Jeremías intuyó desde la penumbra del Antiguo Testamento, nosotros lo vemos ya cumplido plenamente en Cristo Jesús. La Nueva Alianza la selló él con su sangre en la cruz.

Las lecturas de hoy nos dicen lo que le costó. Sería una falsa imagen de Jesús el imaginarlo como un superhombre, impasible, estoico, por encima de todo sentimiento de dolor o de miedo, de

duda o de crisis. Juan, en el evangelio, nos ha dicho cómo Jesús, instintivamente, pedía a Dios que le librara de la muerte, aunque luego él mismo recapacitó y pidió que se cumpliera la voluntad del Padre. Y en la Carta a los Hebreos hemos leído detalles que no constan en el evangelio: Cristo, ante la muerte, pidió ser librado de ella con lágrimas y gritos.

Tenemos un mediador, un Pontífice, que no es extraño a nuestra historia, que sabe comprender nuestros peores momentos y nuestras experiencias de dolor, de duda y de fatiga. Lo ha experimentado en su propia carne. Y así es como ha realizado entre Dios y la humanidad la definitiva Alianza.

Pero todo esto no es la última palabra. Este amor total hasta la muerte tiene un sentido positivo.

El mismo Jesús nos ha presentado una imagen muy expresiva: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto». Ese es el camino de la salvación que Cristo nos ha conseguido. Como es el camino de todas las cosas que valen la pena.

Contemplamos esta figura de Cristo caminando hacia su cruz y dispongámonos a incorporarnos también nosotros al mismo movimiento de su Pascua: muerte y vida, renuncia y novedad.

Nos ha dicho: «El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor. El que se ama a sí mismo, se pierde». Celebrar la Pascua supone renunciar a lo viejo y abrazar con decisión lo nuevo. La novedad de vida que Cristo nos quiere comunicar.

Esto supone lucha. Esto comporta muchas veces dolor, sacrificio, conversión de caminos que no son pascuales, que no son conformes a la Alianza con Dios. El mejor fruto de la Pascua es que

nuestra fe, tanto a nivel personal como comunitario, se haga más profunda y convencida, y que cambie el estilo de nuestra vida.

El sacerdote sabe comprender nuestros peores momentos y nuestras experiencias de dolor, de dudas, de fatigas, de cansancio... Hace unos días celebrábamos la fiesta de san José, patrono de los seminarios diocesanos. Y pedíamos sacerdotes que después de haber escuchado la Palabra de Dios, de haberse dejado llenar de ella, salga a los caminos para ofrecer el bálsamo del amor, de la gracia, del perdón. No se puede hacer vivir a otros si no estoy dispuesto a “des-vivirme” por los otros. La vida humana es fruto del amor y brota en la medida en que nos entregamos. Pero tenemos que añadir también que el amor nos hace vulnerables; amar incluye sufrimiento, porque quien no ama ni pena ni muere.

Teresa de Jesús sabe de cruz. No estuvo ausente en su vida; más aún, pudo decir: «En la cruz está la vida, y el consuelo y ella sola es el camino para llegar al cielo».

Cuando hoy escuchemos en la eucaristía lo que el sacerdote dice del cáliz de vino: «Este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza nueva y eterna», recordemos lo que anunciaba Jeremías, y que se ha consumado en la cruz de Cristo. De esa Alianza participamos cada vez que acudimos a comulgar. La eucaristía es cada vez una Pascua concentrada: Cristo mismo ha querido en ella hacernos partícipes de toda la fuerza salvadora de su entrega en la cruz.

Preces

Presidente: Oremos a Dios Padre, por Jesucristo, su Hijo, autor de salvación eterna:

- ✓ Por quienes buscan y quieren ver a Jesús, para que puedan reconocerle en los que se llaman discípulos suyos. Rogue-

mos al Señor.

- ✓ Por los que se preparan para el sacerdocio y por sus responsables y educadores, para que sean muy fieles a su tarea, y que Dios les bendiga con su bondad. Roguemos al Señor.
- ✓ Por el mundo tantas veces herido por el sufrimiento, la violencia, la injusticia y la insolidaridad egoísta, para que con humildad sepamos construir una sociedad más fraterna, más justa y más generosa, especialmente con aquellos pueblos que más sufre. Roguemos al Señor.
- ✓ Por los catecúmenos, y por nosotros, que nos disponemos a renovar las promesas bautismales en la noche de Pascua, para que con la ayuda de Dios sepamos renunciar a nosotros mismos, muriendo al pecado, al hombre viejo, y renacer a la vida nueva en el Espíritu. Roguemos al Señor.
- ✓ Por todos nosotros, para que, a ejemplo de Cristo, sepamos acoger la cruz de cada día, para dar fruto en abundancia, buscando siempre la voluntad de Dios. Roguemos al Señor.
- ✓ Por los que celebramos esta eucaristía, para que escuchando su Palabra y participando de su Mesa, el Señor nos renueve por dentro y nos conceda un corazón convertido. Roguemos al Señor.

Presidente: Dios, Padre nuestro, que salvaste a tu Hijo de la muerte, escucha la oración que te presentamos, como él, en los días de nuestra vida mortal. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Monición a la colecta y a la presentación de los dones

Junto a los dones del pan y del vino para la celebración de la eucaristía, os invitamos a todos los que formamos esta asamblea eucarística a ofrecer nuestra ayuda para las necesidades de nuestro seminario. En él se forman los futuros sacerdotes que nos acompañarán en los momentos importantes de nuestra vida cristiana. ¡Sed generosos! ¡Muchas gracias!

Fórmula para la bendición final

Presidente: Dios, Padre misericordioso, os conceda a todos vosotros, como al hijo pródigo, el gozo de volver a la casa paterna.

R/. Amén.

Presidente: Cristo, modelo de oración y de vida, os guie a la auténtica conversión del corazón, a través del camino de la Cuaresma.

R/. Amén.

Presidente: El Espíritu de sabiduría y de fortaleza os sostenga en la lucha contra el maligno, para que podáis celebrar, con Cristo, la victoria pascual.

R/. Amén.

Presidente: Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo + y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R/. Amén.

(O bien)

Oración sobre el pueblo: Purifica en cuerpo y alma a tus fieles, Señor, para que, llevados al arrepentimiento por inspiración tuya, sepan evitar los placeres nocivos y encuentren en ti su gozo y su consuelo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

Presidente: Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo + y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R/. Amén.

